
SEMBLANZA DE CARLOS ARBELAEZ CAMACHO

Por: Alfonso Borrero, S.J.

Parece contradictorio ser a la vez historiador y planificador, porque hacer historia es por definición tradicional mirar con detención hacia el pasado; planificar, en cambio es adentrar la mente en el futuro para preverlo o, más comúnmente, para determinarlo y proyectarlo efectuosamente.

LA HISTORIA

Quien hace historia, comienza por *recoger* y clarificar datos para disponerlos y ubicarlos en el tiempo de cada acontecer humano, y los precisa topológicamente en el mapa de la espacialidad del mundo. Por la historia se estudian los hechos ya cumplidos, se los analiza, se los ajusta secuencialmente para distinguir lo anterior de lo posterior y percatarse, si fuere el caso, de lo que en su momento fue primero y original en contraste con las réplicas o semejanzas sucedáneas. Pero estos pasos iniciales no bastan para constituir la verdadera historia; pues no se ha de limitar ella a obtener la visión panorámica de los acontecimientos, sino que requiere arribar a la visión conceptual e interpretativa de todos los fenómenos. Por ello la curiosidad que es uno de los grandes incentivos del historiador lo conduce a procurar la articulación causal de los hechos y a distinguir, como la luz y la sombra, los aconteceres causantes y los efectos causados. Este es el quehacer señero de quien acomete la gestión de construir la historia: Cuáles fueron las causas realmente eficientes, o cuándo a lo más fueron ambiente y condiciones propicias para los hechos memorables. En este empeño no es fácil distinguir lo descollante de lo baladí y lo caduco; por ello quien estructura la historia se esfuerza por eliminar lo insubstancial mientras selecciona y destaca en el enjambre abigarrado de los hechos humanos, los hitos que ostentan caracteres inconfundibles.

* Esto haciendo, los historiadores han producido las diferentes maneras de hacer historia, según se repise el transcurso sucesivo de uno u otro universal de la cultura humana. Porque son estos universales los aspectos que hacen a la historia inteligible y captable: Una será entonces la historia de lo político, lo social, lo económico; o la historia de las vicisitudes bélicas que dibujaron con sangre los límites geográficos entre naciones; o la historia de los hechos religiosos, de los artísticos y literarios, de los urbanísticos y los arquitectónicos y de la técnica. Con todo, es posible que en el esfuerzo de excluir y seleccionar para simplificar y reducir la historia, correspondiente al de dividirla y especializarla se encuentre la debilidad de la historia, más llamada a producir visiones e interpretaciones holísticas que cortes transversales. Arnold Toynbee advierte en uno y otro esfuerzo la razón del peligro relativista de la historia en nuestros días; y no duda en aseverar que la civilización industrial que vivimos y la tendencia a considerar los hechos de la humanidad a través del prisma de la moderna democracia, han conducido a sectorizar y *especializar* la historia. Pues, por una parte, el historiador, concentrándose profesionalmente en *alguno* de los universales o labranzas particulares de la cultura humana, terminó por producir anatomías históricas que restan la posibilidad de la visión totalizadora, bien así como a partir de la revolución científica del siglo XVII y la revolución industrial subsiguiente, el quehacer histórico se subdividió a la manera como se fraccionaron las ciencias y los campos del trabajo y la actividad humana. Esta es una forma de especializar la historia. Otra ha causado la pretensión nacionalista dominante de recortar la historia —como los mapas de colores en contraste— en porciones que avistan singularmente la historia por naciones con el peligro de confundir la historia de un pueblo con el transcurso histórico de la humanidad.

La relación laudable de Toynbee fue proponerse una diferente *unidad* de medida y, jalonamientos históricos, toda vez que el entendimiento humano requiere alternadamente dividir y acoplar para entender conjuntamente. Esa unidad son las 'civilizaciones' porque cada una de ellas combina en su seno todos los universales o labranzas de la cultura humana: Lo político, lo social, y lo económico, lo religioso, y lo artístico y lo técnico, en sus múltiples ejercicios y manifestaciones. De esta manera, la historia si es universal y completa, nos ayuda a sentir la vida y a sentirla como un todo. Es el efecto de la visión integral, inter-cultural e inter-disciplinaria de la historia. Es evidente que el análisis histórico por civilizaciones, al inducir un principio divisorio, también esconde la amenaza de relativización. Pero, siendo inferiores en número los campos resultante y cada uno de ellos más comprehensivo y total, son también más propicios para advertir cómo se desarrollaron en el tiempo y en el espacio, y la forma como interactuando produjeron ese flujo continuo que es el proceso de la historia. Esta visión conjuntiva de los acontecimientos civilizadores es hoy imperativo insoslayable. La ciencia y la técnica han encogido el mundo, han aproximado a los hombres que requieren más que nunca una comunidad de lenguaje. No pocos piensan que el lenguaje común que la historia suministra del universo integrado, debiera ser avío y posesión común de todos los hombres en su decurso temporal por la vida. En buena hora, la investigación histórica, la historiografía y la exposición de los acontecimientos históricos y culturales, son ya tareas que empiezan a liberarse un tanto de los diminutos condicionamientos del tiempo y del espacio y a aventurar perspectivas más amplias y comprehensivas.

* La historia tiene *límites* remotos y posibles en la nebulosa de los tiempos y hechos aún indescifrados —es la pre-historia—, y linderos que el historiador reduce al alcance de su interés y de su dominio científico. A la historia la denominamos antigua, o moderna cuando se aproxima a nosotros. Y contemporánea, cuando historiador y acontecimientos son ellos mismos protagonistas más o menos significativos del presente que se vive. De lo remoto, de lo antiguo, de lo pasado y aún de lo moderno el historiador emite *interpretaciones* y juicios críticos, pero de lo contemporáneo y en veces también de lo moderno prefiere dejar a la historia cuando ella sea escrita, el juicio evaluador: Que juzguen los hechos quienes no estuvieron vitalmente envueltos en ellos, quienes no actuaron como protago-

nistas ni como sujetos pasivos del hecho histórico! Pues se piensa que inmediatez el hombre con los sucesos y las peripecias, por prejuicios y actitudes emotivas e interesadas estaría él impedido para configurar un juicio justiciero. Que la historia sea la juez, dice el historiador, o quien percibe que sus actos no han sido beneficiados con indulgencia o con justicia. Sin embargo, es frecuente que el análisis de los hechos y vicisitudes del pasado se funde en el testimonio de los contemporáneos que vivieron e hicieron cada momento de la historia. Resulta así la historia en secuencia de testimonios y memorias que nos legaron quienes tal vez en su momento prefirieron también no consumir un juicio, y dejarlo al arbitrio independiente y lejano de quien un día escribiera la historia.

* Cuando el trabajo *investigativo* de la historia no se retiene en el inventario de los acontecimientos por bien armado que el pueda parecer, sino que la investigación prosigue hasta descubrir en los nexos causales de lo acontecido, la historia perfila sus facciones de *ciencia* eminentemente humana. Y si la determinación científica ha sido rigurosa y consciente, ella se manifiesta después en la exposición histórica —hablada o escrita—, ya se ciña esta a lo meramente narrativo e informador; se arregle para fines docentes de primera instancia, o se estructure en forma genética y evolutiva. Este tercer modo de exponer la historia se aproxima más al abolengo científico que es debido a la investigación histórica para bien distinguirla de la simple crónica superficial y pasajera.

* El término historia, usado en sentido muy amplio y receptivo, se aplica a todo acontecer. Por ello encontramos obras que nos hablan del acontecer de las cosas sumisas a la fijeza y necesidad de las leyes materiales. Este es el ámbito amplio de la historia natural, diferente del recuento y análisis de los hechos causados por las decisiones del espíritu inteligente y libre. La verdadera historia se yergue sobre el modo de obrar típicamente humano que no está constreñido por la contradicción dialéctica y determinante, sino que hace al hombre gestor de su propio destino. El hombre como individuo y el individuo como autor individual de todo lo humano, de la sociedad entera cuyo destino está fijado por la determinación libre de los hombres que la componen. La historia, pues *no* es un hecho necesario de predicciones equiparables al determinismo de los acontecimientos puramente materiales de la naturaleza. Si en alguna forma predecible, la historia del hombre y de las sociedades, la historia futura de las organizaciones políticas y económicas, el devenir de los hechos culturales y artísticos y de las conquistas tecnológicas debe necesariamente contar con la libre determinación de la libertad humana que bien puede cambiar en un momento los rumbos y senderos de la historia.

Esta es la concepción *espiritualista* —por tanto humana— de la *historia* que la diferencia de todo mecanicismo predeterminante para conceptuar sobre el pasado y el presente de la humanidad, y la distancia también del pronóstico o la planificación materialista del futuro. Si el hombre libremente determinó el pasado de las sociedades y las civilizaciones, y el historiador al reconstruirlo e interpretarlo fue consciente de la presencia artífice del ser libre, con idéntico raciocinio se ha de disponer el planificador a efectuar las previsiones y la *planificación* de los tiempos por venir. Pero idéntica en uno y otro caso la hipótesis de libertad, sigue siendo cierto que la visión hacia el pasado —la historia— y la prospectiva del futuro —la planeación—, debido a que son diferentes acciones o actitudes, resultan ser aparentemente contradictorias o ajenas a ser cualidades simultáneas de un mismo ser ¡Como si el dominio de lo histórico no fuera requisito indispensable para mejor presentir lo que el futuro en un momento depare!

LA HISTORIA DE LA 'HISTORIA DE LA ARQUITECTURA'

Carlos Arbeláez, arquitecto e historiador

Hace ya casi una endécada la cultura y la civilización arquitectónicas perdieron con la muerte temprana de Carlos Arbeláez Camacho una figura sabia y señorial. En él se conju-

garon la visión del pasado y la previsión efectiva de un futuro que no pudo vivir a plenitud. Académico de la Historia, lo fue con derecho pleno. Pero supo aunar a la tarea científica del investigador la visión racional de los tiempos por venir; y cosechó para su activo profesional haber sido pionero de la planificación urbana en nuestro medio, y poseyó el talento claro y libre que ayudó a flectar con acierto los rumbos de la arquitectura como expresión cultural, en nuestro medio y de nuestra civilización.

* Como arquitecto y como historiador, Carlos Arbeláez Camacho se formó inicialmente en los troqueles *tradicionales* que provenían inmediatamente del siglo XIX, la centuria que en sus postrimerías fecundó en Norteamérica los primeros gérmenes de las facultades universitarias de arquitectura, con el ascendiente de extinta Ecole des Beaux-Arts, de París. De manera que las interpretaciones decimonónicas de la arquitectura clásica fueron sus primeras mentoras en el arte y en la teoría arquitectónicas, mientras la Historia de la Arquitectura, recortada sobre el formalismo artificial de los 'estilos', le trajo la noticia inicial de la arquitectura como integradora de todas las artes y de su desarrollo a través del tiempo. Tuvo entonces idea clara de que la historia y el oficio de arquitecto han caminado siempre asidos, ya fuera que la teoría ligada a la historia, o el arte u oficio que triunfa en el monumento se hubieran alternado la precedencia líder a lo largo del sendero común. De este modo teoría, historia y oficio —diseño y construcción en unidad técnica y artística— configuraron la trilogía formadora de su mente: De una parte el arte, que ha sido tan antiguo como el hombre; y la teoría arquitectónica siempre cosida a la historia, condensadas paulatinamente como disciplina insoslayable para la formación de la mano y de la mente del arquitecto.

* Conviene, sin embargo, recordar un tanto los matices de la *tradición arquitectónica* del siglo precedente. Nikolaus Pevsner, indiscutible intérprete de la *historia* de la Historia de la Arquitectura, nos dice que a partir de 1830 la arquitectura vivió situaciones alarmantes en lo social y en lo estético. Los arquitectos llegaron a creer que todas las creaciones producidas en los siglos pre-industriales habían sido necesariamente más exitosas para expresar el carácter de cada era. Los clientes del arquitecto habían perdido todo tipo de sensibilidad y susceptibilidad. Sólo les interesaba el aspecto estético comprobado en la pulcritud imitativa de los 'estilos'. Estos, por su parte, habían sido consagrados como fruto de la exactitud arqueológica, en gracia a la gran precisión de los procedimientos para ubicar en el tiempo y en el espacio el dato histórico. Esta fue sobresaliente característica de la historiografía decimo-nónica; el historicismo la caracterizó, imprimió marca casi indeleble en la cuna misma de la Historia de la Arquitectura como disciplina académica, desentendida de todas las restantes disciplinas, ciencias e influjos cuyo conjunto constituye la verdadera historia integral. El historicismo dió alas a la relatividad histórica, al hacer creer que el espíritu tiene en cada época formas de expresión totalmente nuevas y homogéneas, que tornan obsoletos e indeficaces los influjos de otros universales de la cultura, diferentes a aquél en que la historia se especializa y parcializa.

Pero, por otra parte, los últimos decenios del mismo siglo vieron la epifanía del movimiento que ha conducido a la arquitectura *moderna*; pero el historicismo siguió influyendo profundamente la academia universitaria de la arquitectura hasta muy entrado ya el decurso de nuestro siglo, por lo menos entre nosotros. El moderno movimiento no pasó en los principios de ser mera noticia de eruditos. Poco a poco las situaciones académicas fueron siendo diferentes, tarea en la que Carlos Arbeláez jugó papel definitivo en la formación del arquitecto colombiano.

* La historia y la teoría fueron dominio muy especial —pero no el único— de Carlos Arbeláez. La historia de la Arquitectura vista primero como partición excesivamente sesgada, exclusiva y especializada, y después entendida como un gran universal de la cultura que corre a lo largo de todas las civilizaciones con perfiles más o menos típicos, como fruto de lo social, de lo político, y de lo económico; de lo artístico y de lo técnico,

y de lo religioso. Por este motivo, por sobre el encasillamiento un tanto artificial de los 'estilos', Carlos Arbeláez llegó a dominar todos aquellos *aportes* y disciplinas que han confluído hasta formar hoy el caudal complejo de la Historia de la Arquitectura, aproximándola paulatinamente a la gran perspectiva de la historia total. En efecto, Carlos llegó con la mente y con el corazón a las primeras insinuaciones de una 'historia' de la arquitectura, según ellas proceden —fuente biográfica— de las 'vitae-las vidas —de los grandes protagonistas del hecho cultural arquitectónico, y a los *Tratados* y *Discursos* con que los grandes maestros —los del Renacimiento especialmente— enriquecieron con lenguaje técnico y matemático el flujo suelto y elocuente de la lengua latina y acuñaron en ella sus grandes guías y principios. También trasegó por la arqueología que desde su nacimiento en el siglo XVIII proveyera a los historiadores de la arquitectura del rigor investigativo y del cuidado en el manejo del dato. No le fue tampoco ajeno el aporte de la *filosofía* a la Historia de la Arquitectura, ya se tratara de dilucidar sobre causas, condiciones y efectos, o de emitir pareceres críticos y estéticos. Con este bagaje mental estudió nuestros pueblos y reliquias coloniales y los restos de la arquitectura republicana que salpican nuéstras ciudades. A los escritos de Carlos Arbeláez Camacho nos podemos llegar seguros de que no dejarán lugar a duda sobre la precisión histórica, y que los criterios atinados gozarán de la mayor probidad humana, moral y científica.

Carlos Arbeláez Camacho: El restaurador

Conservar y restaurar fue pasión de la vida de Carlos Arbeláez. Recordemos que el rigor científico de la arqueología compensó un tanto la visión romántica de la Historia de la Arquitectura al insinuarle la disciplina del método severo. Y este rigor, convertido en nimia escrupulosidad, originó, ya lo sabemos, eclecticismos de escuela y revivificaciones de 'estilos' en los últimos decenios del siglo pasado. Pues bien, tal fue la trascendencia de esta contribución, que despertó la contienda entre restauradores románticos y restauradores científicos, cuando el interés salvador del patrimonio cultural arquitectónico se hizo verdaderamente consciente, allá por los tiempos de Ruskin y de Viollet-le-Duc. Carlos Arbeláez conocedor a fondo de este retazo problemático de la Historia de la Arquitectura, fue ciertamente el hombre indicado para promulgar tardíamente como tantas cosas en nuestro medio, la necesidad imperiosa de defender y preservar el legado de la arquitectura histórica. Inició entonces los institutos de investigación en las Facultades de Arquitectura de Colombia, y los irrigó desde el primer momento con aguas de ciencia. Porque no fue él el restaurador simplemente misericorde que suelta la moneda ocasional al monumento corvejado y caidizo, tampoco el restaruador espontáneo y el chambón de 'por-si-acasos'. Prefirió tomar línea media entre el restaurador romántico y el científico, —más científico que dadivoso— e inauguró entre nosotros la *usanza racional* de restaurar que le dió nombre en el continente latinoamericano.

Carlos Arbeláez: Hombre del presente y el futuro

Todos estos cauces ricos —como en la historia de la Arquitectura— hicieron convergencia en el talento del historiador, escritor y arquitecto, Carlos Arbeláez Camacho, y lo capacitaron para no solamente prever sino determinar los destinos futuros de la arquitectura y de la *planeación* entre nosotros. Pues no se puede ahondar en la historia sin convertirse en artífice de la misma; pero el artífice no lo es sólo de su momento y de su instante, también define conscientemente del futuro. Lo mismo que el pasado remoto, Carlos dominó el presente de la Historia de que fue maestro. Cuántas veces lo escuchamos exponer y discutir con sabiduría toda aquella proliferación de *Programas*, *Manifiestos*, *Credos*, *Declaraciones*, *Cartas* en que ha sido tan abundosa la literatura arquitectónica de nuestro siglo ya en ocaso, con antecedentes en la centuria pasada. A la verdad que ha sido ri-

ca la generación de arquitectos que filosofaron con seriedad sobre su oficio. Otros se expresaron unas veces con emotividad y dogmatismo, con sobriedad sin profundidad, en veces con expresiones acerbas, con diatriba y ataque. Unos originaron tendencias, actitudes, escuelas y cauda de seguidores; otros escritos yacen simplemente en los archivos de la literatura deliciosa pero intrascendente, anuros de séquito e influencia. Nos consta que han pululado los *neologismos* de origen diverso que se traducen directamente a todas las lenguas, combinatorios de comodines enclíticos como *ismo*, *anti*, *ico* o *ica* y varios otros, con nombres suficientemente conocidos como *'vita'* y *bio-morfismo*, *órgano*, *función*, *naturaleza*, *paisaje* y *ecología*, cuantas veces la arquitectura, profesión intelectual y científica, busca afinidades con el ámbito biológico de las ciencias y de las profesiones; o *construcción*, *estructura*, *dinámica*, *energía*, *máquina*, *tecnología*, *brutalidad*, *mobilidad*, *industria*, *computadora* si se guarece en el cobijo de las profesiones nutridas por el sector físico-químico de las ciencias, o finalmente nombres como *creatividad*, *racionalidad*, *forma*, *plástica*, *seriedad*, *orden*, *situación*, *futuro*, *utopía*, *'stijl'*, *psicología*, *política*, *sociología*, *antropología*, y *economía* cuando prefiere ser catalogada entre las profesiones estéticas, humanas y sociales.

* Y muchos otros más podrían agregarse por lo mismo que el lenguaje de los arquitectos no ha solido ser esquivo al uso de expresiones nuevas e imaginativas. Carlos Arbeláez Camacho, mente naturalmente filosófica y justa a la vez que artística, ya empezaba —quién lo ha hecho hasta ahora a satisfacción?— a *poner orden* en esta barahunda pintoresca y rica de términos y antónimos. Nada dejó escrito a este respecto. Pero su palabra de maestro siempre fue claridad y orden. ¡Qué bién supo distinguir el papel que juega cada uno de los protagonistas y actores, en los tres actos —no necesariamente sucesivos— del gran drama arquitectónico!. Primero, en la idea, a tenor de la primera definición de diseño que nos fue dada por Alberti: “el diseño es toda idea separada de la materia; es la imagen de la obra independientemente de los procesos técnicos y de los materiales necesarios para realizarla”. En este acto germinal, se conjugan la masa, la gravedad, la estabilidad y el volumen; el movimiento, el equilibrio y la simetría matemática o flexible; por tanto, la armonía, la proporción y la escala; la variedad y la unidad; el carácter y el contraste. En la idea, modificable es verdad al arbitrio de la técnica, se preanuncian la luz, la transparencia y la claridad; el color, la superficie y la textura; los materiales y el proceso constructivo. Finalmente, siempre previstas en unidad inseparable, la función, la belleza y el arte, y el carácter tipo de la obra según sean sus fines específicos; el trabajo o el placer, la oración y el culto, la conmemoración, la vida, la economía y la amplitud de los grandes destinos sociales de la invención arquitectónica. La ciudad frente a la naturaleza, a la luz y al paisaje. En suma, cuantos elementos debieron estar unidos en la mente del arquitecto y se cohesionaron en un buen diseño. Porque el arquitecto —dice Bruce Allsopp— es un diseñador, y sólo como diseñador se identifica como arquitecto.

* Pero ante todo, Carlos Arbeláez fue maestro del gran protagonista de la arquitectura buena, el *espacio* que de ella surge y circundando por ella se condensa. Antes del barroco, para representarlo y componerlo en interpretación del espacio natural del mundo; después de Borromini para determinarlo y definirlo por medio de la obra arquitectónica. ¿Pues no es acaso cierto que el espacio es y ha sido siempre la gran materia plástica que maneja el arquitecto con su mente y con su mano, cualquiera sea la naturaleza y la estabilidad del material que lo conforma y lo abraza? “La idea de que es el arquitecto quien determina el espacio donde se desarrolla la vida social, es hoy premisa completamente aceptada e indiscutida”, nos asevera Giulio Carlo Argan. ¡Hoy es más instante esta conciencia! Sólo que ya no trabaja el arquitecto *con* espacios que le fueran predeterminados con uno u otro criterio de entrada, fuera él el criterio numérico y matemático, u otro condensado en forma típicas que decantó el pasado, sino que actúa *sobre el* espacio para determinarlo y producir toda aquella exuberancia variada de espacialidades arquitectónicas en la arquitectura moderna.

* El espacio siempre estuvo presente en todas las formas del arte. Es él --de nuevo en pensamiento de Argán-- una idea, un concepto que tuvo desarrollo histórico propio y cuyas transformaciones son expresadas totalmente o en parte por las formas arquitectónicas en particular y por todas las formas artísticas en particular. Por lo tanto, el concepto de espacio es una creación histórica no verificable exhaustivamente en el interior y proximidad de cada una de las formas arquitectónicas, sino también en el conjunto de los edificios y su relación de vecindario sensible, y por ende también en el más amplio desarrollo de la arquitectura que es el urbanismo. Muchos componentes, continúa el mismo autor, tiene el espacio. Pero hay uno esencial: la naturaleza en su relación con el individuo y con la sociedad humana, pues todo arte es, ante todo, una representación de la naturaleza.

* Pero a partir del barroco tenemos el gran triunfo del espacio en las artes. La especialidad de Carlos Arbeláez fue el *barroco* en todas sus expresiones espaciales, y las formas barrocas de nuestra arquitectura colonial el campo preferido de su estudio investigativo. No es de extrañar entonces que en sus enseñanzas y en su experiencia profesional diera cabida primordial a la idea, a la experiencia, al uso y a la sensibilidad estética y sensorial de las elaboraciones del espacio. Ya se ve que a nuevas ciencias y nuevas implicaciones da cabida la visión moderna de la Historia de la Arquitectura, que Carlos Arbeláez empezó a aprender y a asimilar; porque su vida, como la vida de la Historia que enseñó y como la enseñó, se nutría de la permanente asimilación y desarrollo de todo cuanto hace la historia integral de la humanidad. Y porque así vió y vivió la historia, él pudo vivir la vida a plenitud así fuera en una existencia que en el espacio de esta vida le fue lamentablemente breve.

LA ENSEÑANZA Y EL VALOR FORMATIVO DE LA HISTORIA

No se enseñe más la historia de la arquitectura como si fuera un estrecho cantón en el proceso de las civilizaciones, desligado de la visión conjunta de la cultura humana. Enséñese si se quiere, como acontecer sucesivo que se desenvuelve desde el pasado prehistórico hasta nuestros días; o a partir del presente, ascendiendo en los tiempos hasta las primeras manifestaciones de los refugios del hombre. A veces el pasado iluminará el presente; o veremos el presente descubriendo el sentido de la arquitectura como ella se manifestó en las profundidades de la historia. Nada mejor que la historia, ya se trate de las ciencias, de las profesiones, de los hechos culturales de la humanidad, para obtener esas visiones simultáneas, profundas y sabias. Ni se enseñe el presente como liquidación necesaria de un pasado que careciera de significación en nuestros días. Todo momento de la historia es dueño de su tesoro; y cuanto hoy tenemos tuvo sus preámbulos en los momentos antecedentes de la cultura humana.

No se enseñe la historia de la arquitectura como una erudición placentera y pretenciosa. Hágasela pan de la mente e inspiradora imprescindible. Hágasela sentir como medio vital para la formación del arquitecto.

Carlos Arbeláez, el maestro de la historia

Cuanto se ha dicho en esta semblanza que introduce la obra de un gran arquitecto, historiador, escritor y planificador, él lo supo, lo asimiló, lo vivió.

Y lo enseñó como maestro! El buen maestro nunca muere. Subsiste en los que formó y en las instituciones que dirigió por muchos años. Como Decano, legando el tesoro de una orientación trascendente e indeleble a la Facultad de Arquitectura de la Universidad

Javeriana; y en ésta, como fundador y primer Director del Instituto de Investigaciones Estéticas, que hoy lleva orgullosamente su nombre. Recordemos el nombre, unido al pensamiento del maestro sobre la enseñanza de la historia en la formación del arquitecto. Pensar y sentir que fueron recaudados hace algunos años en la conversación inagotable de Carlos Arbeláez.

* Carlos Arbeláez formó a los arquitectos con el *argumento* de la Historia de la Arquitectura, entendida como conjunción de una triple experiencia: Experiencia de la naturaleza, experiencia del espacio y experiencia de la historia total, a fin de desarrollar en el arquitecto el talento necesario para entender el complejo mundo de las aspiraciones y necesidades del ser humano, e interpretar necesidad y aspiración mediante la sensibilidad, la intuición y la razón. Razonamiento, intuición y concretamente la sensibilidad han de desarrollarse —pensamiento que hallé hace poco en Bruce Allsop— en dos sentidos: Sensibilidad ante la presencia de todos los actores del drama arquitectónico —actores que antes fueron mencionados—, y sensibilidad por el hombre para quien la arquitectura se hace. “El arquitecto, —dice el autor mencionado— es un servidor no un mandatario. La arquitectura es un elemento y no una totalidad”. Similar fue el pensamiento de Carlos Arbeláez.

* En consecuencia, hay *responsabilidades* éticas y morales que afectan la vida y las acciones profesionales del arquitecto. Esta fue enseñanza personal, no simplemente hablada, del maestro Carlos Arbeláez Camacho. La arquitectura no puede ser buena sino cuando se pone al servicio de las grandes causas. Ni todos los dilemas de la arquitectura se pueden responder en términos de su teoría científica o artística; los fines de la arquitectura son también éticos y sociales. Por ello la importancia de la historia total, porque el edificio se construye en el presente pero no puede ignorar el pasado de la humanidad por lo mismo que la obra permanece para uso y deleite de generaciones venideras. Toda profesión se ejerce en el presente; pero las necesidades que sirve tuvieron un pasado y determinan el futuro. Como pocas, la arquitectura construye para el futuro. El modernismo exagerado y petulante es miope y pasajero. Las formas arquitectónicas tienen un algo de eternidad.

* El ejercicio de la arquitectura es un arte. Por tanto *creación*, que cuenta con elementos y tradiciones que hicieron la arquitectura a través de los tiempos. No se confunda la creación con la originalidad angustiosamente pretendida. Entre ésta y lo pasajero y cursi solo hay un paso. Hay un algo común a todos los grandes monumentos de la historia cualquiera sea la civilización originante y la cultura que ellos enriquecieron: Que los arquitectos que los concibieron, fueron capaces de adjuntar en un momento, en armonía asombrosa, cuanto una civilización y su pueblo habían amasado y concebido durante muchos años y aún siglos. No fueron en su día monumentos originales, como salidos de la nada y de acuerdo con formas completamente desusadas. Fueron el fruto grandioso de una tradición ya madura para producirlos. La buena arquitectura no acepta ser ‘original’. Ya no se producen formas primeras. Tampoco soporta el atrevimiento de la copia. Pero entre originalidad pretensiosa y fútil y copismo sumiso, está la interpretación nueva que es ya una forma de creación; y si la creación se aproxima a algo realmente extraordinario, aún original por lo sabio, es porque la obra aconteció ser así. Nadie se dispone de repente a ser altamente creativo, pero el hábito de la creatividad obvia y clara es condición fundamental del arquitecto. Y de su honestidad profesional!!

* La educación académica en arquitectura es un hecho tardío en la historia de la educación. Comenzó a ser disciplina universitaria en la segunda mitad del siglo pasado. Disciplina es lo que la palabra contiene en su significado; es esfuerzo, es consagración, es el desarrollo de unas condiciones personales de creatividad, de raciocinio, de intuición, de sensibilidad social y artística y de expresión ágil y luminosa. Es como las ciencias, también dichas disciplinas, una disciplina intelectual. Exige por tanto *voluntad* y no se satisface simplemente de la consideración espontánea, ni siquiera con exponer los sentidos a

sucesivas percepciones arquitectónicas. Esto se requiere también, pero sólo no basta. Porque son hoy más amplias que nunca las responsabilidades intelectuales, sociales y morales del arquitecto, su formación es exigente y ardua.

* Carlos Arbeláez Camacho era decano cuando se apoderó de la juventud universitaria la desconfianza en las instituciones, el desinterés por la historia, la pasión por vivir solamente el instante presente y el desinterés por el porvenir. El futuro —pensó así la juventud— sería simplemente un instante, tras el instante precedente que se vivirían cada uno a su turno. Hubo entonces tendencia a la atonía y al desgüeño académico. A la arquitectura la invadió una ola de sociologismo sin soportes. Se despreció entonces la disciplina del diseño, y la arquitectura iba perdiendo el fundamento de su identidad profesional. Las motivaciones del estudiante podían ser justas pero convertirían —error de método y de enfoque— al arquitecto en un ser innecesario. La juventud y no pocos profesores quisieron destruir los que llamaban viejo ídolos de la arquitectura, el diseño, la historia y la expresión. El arquitecto estuvo entonces a punto de merecer el desprecio público.

Nunca fue más clara la *visión* del maestro, en ningún momento más firme su mano asida al timón de mando; más claro fue entonces su consejo, y limpia la mirada hacia el puerto seguro.

* Hay muchos senderos para allegarse a la arquitectura. La academia, el estudio, la afición, el interés, porque la arquitectura es de todos y es para todos. Carlos nos condujo a ellas por muchos caminos. Pero todos nosotros recordamos uno, el tesoro invaluable de su pluma, hoy recogida en esta edición póstuma de su pensamiento. Y el sendero de su amistad hidalga e incomparable.